

398.2 (46.851)

DON JOSÉ PERAZA DE AYALA

C. DE LA REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA

Bentacayse

Leyenda canaria



SANTA CRUZ DE TENERIFE

1930

6604765187

DON JOSÉ PERAZA DE AYALA

C. DE LA REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA

Bentacayse

Leyenda canaria

José Peraza de Ayala



SANTA CRUZ DE TENERIFE

1930

A d v e r t e n c i a



INVITADO a que presentase un trabajo literario sobre el cantón de Tedote, al solemne acto que en honor de la raza aborigen se había de celebrar en el Circo de Marte de Santa Cruz de la Palma, a propósito de su festividad lustral de Nuestra Señora de las Nieves, deferí gustoso a la atención de que se me hacía objeto y esta ha sido la razón subjetiva e inmediata de la existencia de esta leyenda.

No es el género simplemente literario el que más esté de acuerdo con mis aficiones y prepa-

DON JOSÉ PERAZA DE AYALA

ración; por ello, convencido estoy del escaso valor artístico de este trabajo. Acaso sólo le disculpe, mi intento de que él se ajuste a la tradición histórica y el buen deseo de no evadir mi cooperación a fiesta de tan elevado motivo y purísima evocación patriótica.

José Peraza de Ayala.



Relación histórica



EL sexto señorío era Tedote y Tenibucar, que es donde al presente está fundada la ciudad hasta Tenagua, y de este término y tierra eran señores tres hermanos llamados, Tinishuaga, Agacensie y Bentacayse. Estos tres hermanos estando en las faldas de un barranco que en este término de Tedote está, que al presente llaman de Agacensio, holgándose con muchas mozas que pretendían casar con ellos, armóse arriba en la cumbre gran cerrazón de aguaceros, y vino el barranco tan crecido que se llevó a to-

DON JOSÉ PERAZA DE AYALA

dos aquellos palmeros, y perecieron, y por muerte de Agacensie se llamó el barranco de Agacensio y de todos no escapó sino solo Bentacayse, que como el agua lo llevó, dió con un árbol, donde quedó colgado por un muslo que le hincó un garrancho del árbol, y pasada la furia del agua lo fueron a buscar y lo hallaron a Bentacayse bien asido con las manos, y aunque vivió quedó cojo de aquella pierna.»

Abreu Galindo.



La leyenda



I

ERA ya entrado el invierno y un cielo limpio y azul envolvía la misteriosa isla de Beneohare en una orgía de luz, agrandada por los reflejos del viejo y *tenebroso* mar de Atlante.

La atmósfera tibia, con ese hálito de voluptuosidad que flota perennemente en las costas

DON JOSÉ PERAZA DE AYALA

de las islas Canarias, impregnaba todo de una vaga languidez.

En el anfiteatro de variada vegetación que decoraba aquella montañosa tierra tornábase el verde oscuro de su follaje en amarillo herrumbroso de hojas marchitas.

Los árboles agobiados por el sol apaciguaban su espléndido verde y el vasto mar diáfano, como una pradera de ensueño, cantaba su eterna canción de misteriosa y grave monotonía.

Sólo alguna nube muy blanca deslizábase, cual cisne mitológico, sobre aquel país oceánico que parecía olvidado de la Divinidad y condenado a una sequía intensa.

Una raza antiquísima, agotada y triste por su continuado aislamiento a través de las edades, poblaba aquel bello rincón del viejo mundo. En el rostro de sus habitantes, indolentes y taciturnos, se reflejaba un rayo de la profunda tristeza que embargaba su alma. La Historia nos refiere cómo sus mismas diversiones iban mezcladas de

B E N T A C A Y S E

melancolía que incluso comunicaban al acompasado y flébil ritmo de sus bailes. En sus cantares obsérvase siempre dolor, asuntos amorosos o funestos. Muchos no podían sobrellevar por más tiempo el peso de su tristeza y se volvían a sus parientes y amigos y les decían: Quiero morir. Ante su resolución irrevocable nada tenían que objetar y ellos mismos le acompañaban hasta la cueva elegida donde les hacían una cama de pieles y puesta a la cabeza una vasija de leche cerraban la entrada de la gruta, dejándoles sepultados vivos.

Dominaban el País los Haouarytas, divididos en doce tribus, cada una de las cuales tenía un territorio independiente.

Y doce habían querido que fuesen los señoríos de la Isla siguiendo las leyes astronómicas que aplicaban a las cosas de la Tierra, tal vez como reminiscencias del sabeísmo de Caldea, de donde bajaron los patriarcas a la tierra de Siken, llamada después de Canaan. Por eso, así como

DON JOSÉ PERAZA DE AYALA

las doce constelaciones zodiacales eran para ellos los doce maestros de los dioses y a las doce estrellas que distinguían en la parte boreal llamaban jueces del universo, doce pensaron habían de ser sus estados. Todo ello nacido de la organización religiosa, pues como dice Reinach «La vida primitiva de la humanidad, en todo lo que no es exclusivamente animal, es religiosa. La religión es como la cantera, de donde salen sucesivamente, y se van especificando, el arte, la agricultura, el derecho, la moral, la política y hasta el racionalismo».





II

EN el señorío de Tedote, uno de aquellos doce estados y precisamente donde hoy se halla enclavada la capital de la Isla, una angustiosa maldición parecía cernirse sobre sus campos mustios por la sequía.)

El cielo hecho de cristal permanecía sordo a la plegaria de los gentiles y el sol divinamente

DON JOSÉ PERAZA DE AYALA

espléndido seguía prodigando su caricia de fuego.

Ante la gran piedra cónica del Baal, la multitud ejecutaba extraños ejercicios de agilidad y fuerza, danzas interminables, sacrificios y libaciones.

El dios informe y terrible parecía despreciar la ofrenda de las entrañas de las víctimas y los creyentes, temblorosos, esperaban a cada instante que aquel monumento de piedra les aplastase en su caída lo que ya sería la última señal de infinitos males.

Y el desfile de las mejores cabras para hacer las sagradas libaciones de leche continuaba grave y solemne, ante los devotos gentiles que alzaban al cielo sus brazos en ademán suplicante.

Los hermanos Tinisuaga, Agacensie y Bentacayse, jefes de aquella legendaria comarca, donde el robo y el saqueo eran enaltecidos, como virtud reservada a seres superiores y valientes, habían llegado muy cerca de aquel sitio sagrado,

en el cual los fieles rogaban a la Divinidad el envío de lluvias beneficiosas y abundantes.

Un grupo de bellas mozas y algunos cortesanos acompañaban a los príncipes que aquel mismo día iban de diversión.

Indiferentes o faltos de fe, los orgullosos jefes siguieron su camino sin unir su plegaria a la gran rogativa.

La tarde avanzaba y un ligero aire frío dejóse sentir desde occidente.

Dos sacerdotisas, cubiertas con sus largas pieles albas que descendían hasta el suelo formándoseles cola, se adelantaron a la comitiva para suplicar a los príncipes que se detuvieran ante el oratorio, y aquellas vírgenes sagradas no fueron oídas.

El viejo adivino, había jurado por el sol y los montes que existían augurios de desgracia.

Los arúspices habían asegurado que por el mar vendrían enemigos terribles que les despojarían de su amada tierra.

DON JOSÉ PERAZA DE AYALA

En la montaña los fieles continuaron los actos de desagravio al gran Baal y descendiendo por los valles embriagados con los cantos de las mozas, van los príncipes.

Desde una gruta lejana se dejó oír la voz de un pastor anciano que movido de inexplicable y poderoso presentimiento, les gritó que se retirasen de aquellos lugares y aquel insólito aviso no fué atendido.

Al fin llegan al barranco que hoy dicen de Agacencio, donde iba a celebrarse el festín de que saldrían desposados.

El ave fatídica vuela muy cerca de las mozas.

Bentacayse siente un temor secreto y conmovida dolorosamente su alma por el remordimiento de la falta de fe, vuélvese a sus hermanos para suplicarles que desistan de su propósito en aquel día.

Agacensie, ríe de la advertencia adivinando el oculto pensamiento de su hermano y el cortejo

sigue indiferente los preparativos de la alegre fiesta.

Mas de pronto grandes nubes violáceas cubren el cielo que descarga una lluvia torrencial al paso que un enorme caudal de aguas y escombros baja furiosamente por el barranco.

Bentacayse implora al gran Baal, pero ya era tarde. El inmenso torrente arrastra a las mujeres hacia el mar y los príncipes demostrando el singular arrojo de la raza que con justicia ha sido llamada la espartana de Canarias, lánzanse por salvarlas a luchar contra las propias fuerzas de la naturaleza; pero todo fué en vano, gigantescos peñascos y enormes vendavales se suceden sobre los infortunados gentiles, que se confunden en el fondo del cauce, cubierto ya por la más tupida niebla.





III

UN resplandor de oro enrojecido había coloreado las grandes nubes que en lánguida derrota se diluían tras de las altas montañas de basalto, donde empezaban a florecer llamaradas de rosa.

El gran disco del astro rey mostraba ya un exiguo segmento.

DON JOSÉ PERAZA DE AYALA

Una luz nacarada con mezcla de colores de arco iris, de reflejos opalados y transparencias de rubíes, descendía del cielo rompiendo el denso abismo del horizonte.

El sol ya completamente al descubierto dejaba caer rayos muy blancos sobre el suelo humedecido por la gran lluvia y la mañana vibraba como un arpa mágica con algo de augustal y de sonoro.

Soplos adormecidos subían de la tierra agrandada y se perdían en el espacio, hacia la inmensa calma de aquel cielo iluminado y opulento.

En la placidez de aquel amanecer, el paisaje se agrandaba bajo la caricia del sol como si avanchas de rosas y de violetas se deshojasen en las grutas y sombras.

Palpitaciones misteriosas llenaban los arbustos que despedían un perfume de vida. A lo lejos el sonoro rugido del mar era como un himno.

Y por el fondo del sendero, apoyándose en

BENTACAYSE

una gruesa rama, avanzaba de prisa a pesar de tener una pierna herida, un hombre alto, seguido de brillante y numeroso séquito.

En su semblante, espejo de profunda emoción interior, consérvanse huellas de una lucha terrible.

Es el príncipe Bentacayse, único superviviente de la gran catástrofe, que va al oratorio de la montaña a dar gracias a la Divinidad.

El augurio se había cumplido. El gran castigo cayó sobre los rebeldes o tibios. La Divinidad en sus insondables destinos había escogido a Bentacayse *el bueno*, para perpetuar el milagro.

